

CAPÍTULO XII

La templanza.

§ 173. Los sentimientos morales, ó, más bien, pro-morales, que se relacionan con la templanza, tienen principalmente un origen religioso, como muchos de los sentimientos pro-morales asociados á ellos. Según hemos visto en los *Principios de Sociología* (§ 140), soportar el hambre viene á ser en muchos casos una virtud, porque es consecuencia de reservar una parte de sustento para el antepasado, ó, en una etapa posterior, de ofrecer un sacrificio á los dioses. Cuando abunda poco el alimento, esas ofrendas entrañan ayunos absolutos ó una restricción en las comidas; de esa suerte llega á asociar el pensamiento la moderación en el comer con una subordinación religiosa ó casi religiosa.

Es posible que en ciertos casos se impongan restricciones análogas en lo tocante á las bebidas que se emplean en las libaciones, puesto que las cantidades indispensables para estas últimas reducen las que quedan para quienes las ofrecen. Si, como acontece á menudo, hay que cercenar de cada comida algo de bebida y de alimento para los seres invisibles que vagan alrededor, será natural suponer que el que se excede hasta el

punto de embriagarse desatiende á esos seres invisibles y merece censuras. Verdad es, como veremos en seguida, que otras ideas conducen á veces á creencias y sentimientos opuestos; pero es posible que de esa causa haya procedido la reprobación divina que se alega en ciertos casos.

Después de escritos los párrafos anteriores, he adquirido la prueba patente de que la sospecha que expresan es perfectamente fundada. Un pueblo, que, en todas las épocas conocidas de su historia, ha practicado con celo el culto de los antepasados y les ha ofrecido sacrificios periódicos, nos revela que la moderación en el alimento y en la bebida, extremada frecuentemente hasta el ascetismo, es una consecuencia de las atenciones concedidas á los muertos, á quienes se hacen constantes oblaciones. Decía Confucio (1): «El que aspire á ser completamente virtuoso no ha de buscar un goce en la comida.» Aquí se menciona la virtud independientemente de su causa. Pero Confucio decía también: «Yo no puedo descubrir en Yu ningún defecto. El tomaba alimentos ordinarios y bebidas comunes, pero demostraba suma piedad filial hacia los espíritus. Vestía pobremente, pero se adornaba con elegancia suprema para sacrificar.» Aquí se nos presenta la virtud en relación con el deber religioso, siendo este último la causa y aquella la consecuencia.

Claro es que la virtud de la templanza, cuando no se mira á su supuesta sanción religiosa, no puede tener más sanción que su utilidad, tal y como la experiencia la determina. Los efectos bienhechores de la moderación y los efectos dañosos de los excesos sirven de base á los juicios y á los sentimientos que los acompañan.

(1) Confucio: *Analectes*, I, 14; VIII, 21.

No podremos formarnos ideas racionales á propósito de la templanza, especialmente en la comida, hasta que dirijamos una ojeada sobre las variaciones que introducen en las exigencias fisiológicas las variaciones de las circunstancias ambientes.

§ 174. Lo que en nosotros sería glotonería repugnante y censurable es completamente normal y hasta necesario en las condiciones en que viven ciertas razas de hombres. Cuando el país es de tal índole que en unas épocas escasean los medios de subsistencia, y en otras abundan, la supervivencia depende de la capacidad para consumir cantidades enormes de alimento cuando la ocasión lo depara. Buen ejemplo de ello nos ofrece la pintura que hace sir Georges Grey (1) de las orgías que se celebran en Australia cuando encalla en la costa una ballena.

«Al punto afluye en tropel de todas partes alegre muchedumbre de indígenas. De noche bailan y cantan; de día comen y duermen; y sigue la francachela durante días hasta que abren un buen boquete en la ballena; y entonces los veis subirse y meterse por el hediondo cadáver en busca de las tajadas más sabrosas... Allí se están los días enteros pringados de pies á cabeza de una grasa nauseabunda y atiborrados de carne podrida... Cuando, por último, se retiran del festín, todavía se llevan lo suficiente para tambalearse con el peso.»

Viviendo en un país estéril y medio muertos de hambre con frecuencia, los australianos que no fuesen capaces de aprovechar cumplidamente una ocasión de ese género, serían los primeros en morir en tiempos de

(1) Grey: *Expeditions of Discovery in W. and N. W. Australia*, II, 277-278, y *Journal of the Anthropological Institute*, VII, 148.

escasez. El testimonio de Christison sobre una tribu del centro de Queensland prueba que tal es la verdadera interpretación. Sus individuos son de mucho comer sólo al principio; pero en cuanto se acostumbran á vivir á ración, haciendo comidas regulares de pan ó *dampfer*, comen muy moderadamente, quizá más moderadamente que los europeos».

En otras ocasiones, lo que á nosotros nos parece un exceso inaudito y casi increíble, se debe á la necesidad fisiológica de producir calor en climas donde son muy grandes las pérdidas del mismo. Tal es la explicación del siguiente caso (1):

«Por Kuilittiuk aprendí á conocer otro lujo de los esquimales. Había él comido y bebido hasta embriagarse, y á cada paso se dormía, con la cara encendida y congestionada y la boca abierta. A su lado estaba sentada Arnalua (su mujer), cuidando la marmita puesta al fuego. De poco en poco tiempo despertaba á su marido para atestarle la boca, hasta donde podía, de carne á medio cocer, sirviéndose al efecto del dedo índice; y cuando ya la boca estaba bien repleta, cortaba el trozo de carne al nivel de los labios. El hombre mascaba parsimoniosamente, y así que ella columbraba un vacío, lo colmaba con un trozo de grasa cruda. Durante esta operación, el bienaventurado no movía ninguna parte de su cuerpo, excepto las mandíbulas; ni siquiera abría los ojos; pero á ratos manifestaba su íntima satisfacción con un gruñido muy expresivo, cuando la boca ofrecía bastante espacio libre para dejar paso al sonido.»

Otro ejemplo no menos sorprendente tenemos en el Asia septentrional. Dice M. Cochrane (2):

(1) Lyon (Cap.): *Private Journal*, 1824, páginas 181, 182.

(2) Cochrane: *Pedestrian Journey through Russia and Sibe-*

«Los yakutos y los tunguses son muy glotonos... Yo di á un niño (un chiquillo de unos cinco años) una vela de sebo de la peor catadura; se la tragó, y acto seguido devoró una segunda y una tercera con la mayor avidez. Luego el timonel le dió varias libras de manteca rancia y helada; se las tragó inmediatamente; después le entregó un pedazo de jabón amarillo, y el jabón tomó el mismo camino. Carne ó pescado, todo lo engullen, proceda del animal que quiera, así sea corrompido y dañoso; y la cantidad no varía más que entre lo que tienen y lo que pueden procurarse. Varias veces he visto á un yakuto ó á un tungús devorar cuarenta libras de carne en un solo día.»

Los efectos fisiológicos de ese enorme consumo nos los da á conocer el capitán Wrangell.

«Aun en Siberia se llama á los yakutos *hombres de hierro*, y creo que ningún otro pueblo del mundo podría soportar tan bien como ellos el frío y el hambre. Los he visto frecuentemente, con el frío terrible que castiga á aquella comarca, y después de mucho tiempo de apagado su fuego, dormir tranquilamente al raso, medio desnudos y con el cuerpo cubierto de una espesa capa de escarcha.»

Y ahora notemos el hecho importante y significativo de que allí donde la supervivencia depende de la capacidad para comer y digerir inmensas cantidades de alimento, esa capacidad adquiere una sanción moral ó pro-moral. Así, Erman cita este adagio de los yakutos:

Comer y engordar mucho es el destino más alto de los hombres.»

§ 175. Pasando de estos ejemplos extremos, en que las exigencias de la vida engendran ideas corres-

rian Tartary, 1825, I, 254.—Wrangell: *Expedition to the Polar Sea*. (Ed. Sabine), 384.—Erman: *Travels in Siberia*, II, 361.

pondientes del bien y el mal, y viniendo á los casos ordinarios de los climas templados ó tropicales donde entra en juego una especie de sanción moral, en el sentido en que solemos entender esta palabra, no descubrimos ya ninguna conexión entre la templanza y las demás notas del carácter, si no es la asociación general de la glotonería con la degradación.

Y aun esa generalización restringida podría estimarse problemática. Cook (1) hablaba de los tahitianos como gente que consumía «una cantidad prodigiosa de alimentación». Sin embargo, eran una raza hermosa bajo el punto de vista físico, superior intelectualmente á muchas otras, y con prendas de carácter dignas de admiración, según la pintura de Cook, á pesar de sus costumbres licenciosas. Por el contrario, los árabes, relativamente sobrios en la comida y la bebida, en sus relaciones con el otro sexo allá se van con los tahitianos, puesto que siempre están cambiando de mujeres, y dicen de sí mismos: «Los perros son mejores que nosotros.» Poca admiración merecen bajo ningún concepto: son fanáticos, son vengativos, y miran la destreza en el robo como una recomendación para un hombre que quiere casarse (2).

En los pueblos extraños á la civilización, no sólo no se descubre ninguna relación definida entre la templanza ó la intemperancia y los demás caracteres, sino que tampoco se observa, á no ser en grado mínimo, ninguna apreciación, que pueda llamarse moral, sobre una ú otra. Su opinión en la materia no ha llegado á formularse, salvo en el dicho notable de los yakutos, de que ya se ha hecho mérito.

Sin embargo, en algunas sociedades antiguas semi-

(1) Cap. Cook. Hawkesworth: *Account of Voyages*, II, 202.

(2) Palgrave: *Journey through Central Arabia*, I, 10.

civilizadas se había despertado la conciencia de que es un mal el exceso en la alimentación. Se lee en el Código de Manú (1).

«La glotonería es odiosa: perjudica á la salud, puede conducir á la muerte y cierra seguramente el camino que lleva á la santidad de la virtud y á la felicidad celestial.»

La reprobación de los excesos en el comer se halla implícita en el pasaje del *Mahabharata* que representa la felicidad celeste como pura de todo «placer sensual». Y claro es que también implica esa reprobación la vida ascética que recomiendan los sabios indos. Los hebreos tenían la misma idea, y aconsejaban á veces la sobriedad, según demuestra el proverbio:

«No andes con los bebedores de vino ni con los que comen carne, porque el bebedor y el comilón se empobrecerán, y la soñolencia les hará vestir harapos.» (*Proverbios*, xxiii, 20, 21).

Los egipcios consideraban la glotonería como un vicio, pero se entregaban á ella sin reservas. Por un lado, incluían los excesos en el comer entre los cuarenta y dos pecados capitales, y por otro:

«No parecen haber sido muy sobrios en sus banquetes. Herodoto dice (ii, 78) que en sus festines se iba presentando á los convidados una imagencita de madera que figuraba una momia, con la siguiente exhortación: «¡Mira esto, bebe y regocíjate! ¡Cuando mueras, serás como esto!» Y la exhortación no era estéril. Las pinturas de los monumentos nos ofrecen, no sólo hombres, sino mujeres, devolviendo el alimento ó la bebida (2).»

(1) Manú, ii, 54.—Muir: *Original Sanskrit Texts*, v, 324.

(2) Max Duncker: *History of Antiquity* (trad. ing. de Abbott), i, 225.

Pero el sentido general de estos ejemplos parece ser que, á medida que se han constituido sociedades organizadas y se han generalizado las experiencias, se ha llegado á condenar los excesos del alimento en nombre de la utilidad.

§ 176. «Abuso de la bebida» es una frase que, aunque aplicable al abuso de líquidos no fermentados, se aplica de hecho al de los líquidos fermentados, y, por consiguiente, embriagadores, ó, en general, á los que pueden producir embriaguez por cualquier causa. La opinión tocante á su uso depende principalmente de la observación de los efectos que producen, efectos que aquí se aprueban y allí se censuran.

Es un error suponer que la embriaguez se condena en todas partes. La embriaguez producida por el alcohol ó por cualquier otra sustancia, ha sido celebrada en tiempos primitivos, y lo es aún en algunas partes. En tal sentido puede interpretarse la observación de un arafura (1) á quien se instaba á creer en el Dios de los cristianos diciéndole que ese Dios está presente en todas partes. «Pues entonces (respondió) está en vuestro arak, porque yo nunca me siento tan alegre como cuando lo he bebido en grande.» Y esa idea, implícita aquí, la expresaban clara y continuamente los antiguos indos en los elogios que hacían del soma. Creían que el dios Soma estaba presente en el jugo de la planta de ese nombre; la embriaguez que causaba era la posesión del dios; y el estado de exaltación que en la bebida buscaban, hallaban y ensalzaban, era para ellos un estado de bienaventuranza religiosa: suponían que á los dioses mismos inspiraba de esa suerte el dios Soma. Dice Max Müller:

Madakyut significa «un estado de embriaguez que

(1) Kolff: *Voyages of the Dourga*, 161.

no era incompatible con el carácter de los antiguos dioses... Nosotros no tenemos ninguna palabra poética expresiva del estado elevado de excitación mental que producía el jugo embriagador del soma ó de otras plantas: estado que no tenía nada de ignominioso, sino que, á la inversa, se celebraba en tiempos antiguos como una bendición de los dioses, como un estado no indigno de los mismos dioses, y que permitía al poeta y al guerrero dar cima á sus más altas empresas (1).

Los griegos, á su vez, creían que Dionisos estaba presente en el vino, y la «excitación báquica», que comunicaba el don profético, era un efecto de la posesión divina. Así surge una sanción religiosa de la embriaguez, según demuestran las orgías. Y no faltan casos análogos en nuestro tiempo. Según Burton (2), los dahomeyanos creen que es «un deber hacia los dioses el embriagarse», y los ainos santifican la embriaguez con la ficción de «beber por los dioses; cuanto más *saké* beben los ainos, más devotos son y más agradan á los dioses (3)». Análogas ideas y sentimientos existen en Polinesia en relación con el uso del embriagador *ava*, *kava* ó *yacona*. En las islas Viti, durante los preparativos del festín y al beber, se recitan oraciones y se cantan himnos, y se mira como un honor el tomar parte en esas ceremonias.

Es, pues, evidente que la embriaguez, lejos de ser objeto siempre del anatema religioso, cuenta á veces con una sanción religiosa, y entonces viene á justificarla un sentimiento pro-moral. Así lo demuestran los ainos que se niegan á todo trato con los que no beben.

(1) J. Max Müller: *Rig Veda*, I, 118. — Muir: *Sanskrit Texts*, v, 260.

(2) Burton: *Mission to Dahome*, II, 250.

(3) Bird: *Unbeaten Tracts in Japan*, II, 68.

§ 177. Con ó sin sanción de ese género, la intemperancia se halla muy generalizada, bajo una ú otra forma, en las razas inferiores.

Pallas (1) dice que los kalmucos son intemperantes en el comer y en el beber, siempre que se les presenta la ocasión. Las fiestas de los konds, según Campbell (2), «acaban generalmente en borrachera general». Brett (3) escribe que la embriaguez de los indígenas de la Guayana se manifiesta «á veces en terribles excesos». Y á propósito de los guatemaltecos actuales leemos que «la mayor felicidad de ese pueblo consiste en la embriaguez que produce el abuso de la... chicha (4)». Estos últimos testimonios, relativos á los pueblos americanos del día, recuerdan testimonios semejantes referentes á los antiguos pueblos americanos. Sobre los peruanos dice Garcilaso de la Vega (5): «Trajeron gran cantidad de licor, porque éste era uno de los vicios predominantes de los indios.» Respecto de los yucatecas, escribe Landa (6): «Los indios eran muy viciosos, y se emborrachaban frecuentemente»; «las mujeres se embriagaban en banquetes, pero sólo entre sí». Y según Sahagún (7), los mejicanos decían que los malos efectos de la embriaguez los producía uno de los dioses del vino, y, por consiguiente, no parecían mirar como un pecado lo que hacían mientras estaban beodos.

(1) Pallas: *Nachrichten über die Mongolen*. San Petersburgo, 1776, I, 131.

(2) General Campbell: *Thirteen Years' Service in Khondistan*, 164.

(3) Brett: *Indian Tribes of Guiana*, 349.

(4) Haefkens: *Centraal Amerika*. Dordrecht, 1832, pág. 406.

(5) Garcilaso de la Vega: *Comentarios reales*, lib. VI, capítulo XXII.

(6) Landa: *Relación de las cosas del Yucatán*, §§ 22 y 23.

(7) Sahagún: *Historia general de Nueva España*. Méjico, 1829, lib. I, cap. XXII.

Pero la intemperancia dista mucho de ser universal en los pueblos no civilizados y semicivilizados; algunos de los más primitivos, como algunos muy adelantados, son sobrios. Así, con referencia á los veddahs leemos: «No fuman, son muy morijerados y no beben más que agua (1).» Y al decir de Campbell (2), «los lepchas, aunque apasionados por las bebidas fermentadas y alcohólicas, no son dados á la embriaguez». Sobre los indígenas del interior de Sumatra, no corrompidos más que en parte por el contacto con los malos, dice Marsden (3): «Son sobrios así en la comida como en la bebida.» También el Africa suministra ejemplos.

«Los fulas y los mandingos se abstienen rigurosamente de las bebidas fermentadas y del alcohol, que aborrecen hasta el extremo de no volver á ponerse, sin lavarla, la ropa en que les cae una sola gota (4).»

Y Waitz hace la observación general de que, «á excepción de los que han tenido frecuente roce con los blancos, no puede atribuirse á los negros una afición marcada á las bebidas fuertes (5).»

Esta última observación, recordándonos lo mucho que han contribuido los europeos á la desmoralización de las razas indígenas que pretenden civilizar, y recordándonos especialmente los desastrosos efectos que ha producido en ellas la venta del aguardiente y del ron, nos indica cuán circunspectos debemos ser en materia de inducciones sobre la relación de los hábitos de in-

(1) Bailey: *Transactions of the Ethnological Society. London*, New Series, II, 291.

(2) Campbell: *Journal of the Ethnological Society. London*, Julio de 1869, pág. 147.

(3) Marsden: *History of Sumatra*, 173.

(4) Winterbottom: *Native Africans of Sierra Leone*, I, 72.

(5) Waitz: *Anthropologie der Naturvölker*, II, 86.

temperancia con el estado social. Es evidente que en ciertos casos, como sucede con los veddahs, la sobriedad puede proceder de la falta de bebidas embriagadoras, y en otros, la intemperancia no es cualidad natural del tipo ó de la tribu, sino que ha sido importada.

§ 178. Quizá en la larga historia de los pueblos europeos podrá buscarse con más esperanza de éxito una correlación entre la sobriedad y las condiciones sociales. Lo que puede decirse es que, si la hay, no parece muy definida.

Por brutal que fuese el sistema social de los espartanos, eso no obstaba para que tuviesen un régimen de vida ascético: recordando las lecciones que les daban los ilotas ebrios, es patente que en un principio los espartanos reprobaban la embriaguez, y eran habitualmente sobrios; mientras que distaban de serlo en la misma época los atenienses, mucho más civilizados bajo el punto de vista social, y muy superiores en cultura. De algunos raros testimonios se desprende que, entre los pueblos europeos que entonces se hallaban socialmente organizados, aunque sólo de una manera rudimentaria, era frecuente el abuso de las bebidas. Diodoro de Sicilia (1) dice de los antiguos galos: «Tienen una afición tan desmedida por el vino, que se precipitan ansiosamente sobre él en cuanto lo importan los comerciantes.» Tácito, describiendo á los antiguos germanos (2), afirmaba que «no era vergonzoso para nadie el pasarse bebiendo un día y una noche». No tenemos muchos informes sobre lo que se bebía en los «siglos de tinieblas», pero por las indicaciones que poseemos, puede inferirse que predominaba la intemperancia. Uno de los escándalos del período merovingio fué el que dió

(1) *The Historical Library of Diodorus Siculus*, 1814, v, 2.

(2) Tácito: *Germania*, XXII.

el obispo Eonio (1) que se cayó borracho celebrando la misa. Se nos advierte que Carlomagno (2) era sobrio, lo cual parece dar á entender que era una cosa excepcional la templanza. No se pierda de vista que en Francia, aun sin llegar á la embriaguez, se bebía vino con exceso durante siglos muy posteriores. Montaigne, después de advertir que, cuando escribía, la embriaguez era menor que durante su infancia, dice:

«He visto un gran señor de mi tiempo... que sin violencia se bebía durante las comidas poco menos de veinte cuartillos (*) de vino (3).»

Claro es que desde los tiempos de Montaigne hasta los franceses de hoy, la mayoría de los cuales agua el vino, ordinariamente flojo, que bebe, la intemperancia ha disminuido de una manera sensible. Entre nosotros se ha operado un cambio parecido, aunque con mucha irregularidad. En la época de los anglos y daneses, en que se embriagaban los monjes como todo el mundo; en la época de los normandos, que no tardaron en tener tan poca templanza como los vencidos, y durante los siglos siguientes, eran grandes y generales los excesos de bebidas de poca fuerza. A principios del siglo último, cuando el consumo de las bebidas alcohólicas llegó á elevarse hasta cerca de nueve cuartillos anuales

(1) Gregorio de Tours: *Histoire ecclésiastique des Francs*, 1836, v, 41.

(2) Eginhard: *Life of Karl the Great*, trad. ing. de Glaisler, 1877, cap. xxiv.

(3) Montaigne: *Essais* (trad. ing. de Cotton), II, 14.

(*) «Cinco lots de vino», dice Montaigne; pero los diccionarios no están de acuerdo en punto á la equivalencia del lot. Según unos, equivalía á dos pintas; según otros, á cuatro. Esta última cifra es la que da Littré. De ser la exacta; claro es que habrá que doblar la cantidad estampada en el texto, porque se trataría de veinte pintas de Paris, cada una de las cuales era cerca de un litro (0^l,931).—(N. DEL T.)

por cabeza, en el conjunto de la población, dando margen á escenas como las que pintaba Hogarth en su *Gin Lane*, vino como remedio el acta sobre la ginebra, derogada á poco, después del mal resultado que dió (1). Durante el resto del siglo, «la bebida siguió siendo el vicio dominante de las clases medias é inferiores», y los ricos hacían tal derroche de vino en sus convites, que muchos se arruinaban.

§ 179. Así, pues, las relaciones entre el uso de la bebida y el tipo de vida social son oscuras. Nosotros no podemos asegurar, como los miembros de las sociedades de templanza, que exista una exacta correspondencia entre ésta última y la civilización, ni entre la intemperancia y la degradación moral en general. «La mitad de las razas asiáticas, según el cirujano general Balfour (2)—árabes, persas, indos, birmanes, malayos, siameses...—son sobrias»; y, sin embargo, nadie entiende que esas razas sean superiores, por su tipo social ni por su conducta social, á las razas europeas que tanto distan de ser sobrias. En la misma Europa, diferencias análogas nos dan idéntica lección. La vida social de la sobria Turquía, no es tan elevada como la de Escocia, donde se consume tanto whisky. Y si comparamos á Italia con Alemania, no vemos que al contraste entre lo poco que se bebe en la una y lo mucho que se bebe en la otra, corresponda un contraste del género que podría suponerse, entre sus estados morales respectivos. Mirando, por una parte, al beduino (3), ladrón por costumbre y lleno de vicios de todas clases, pero que no bebe licores fermentados, y grita: «Quita de ahí, borracho», y, por otra parte, al hábil artesano

(1) Massey: *History of England under George III*, II, 60.

(2) Balfour: *Cyclopædia of India*, tercera ed., I, 164.

(3) Burton: *Pilgrimage to Medina*, III, 93.

inglés que bebe á veces hasta el exceso (y los más hábiles son los más abonados para el caso), pero que en otros sentidos es por lo común una excelente persona, no descubrimos ninguna clara asociación entre la templanza y la rectitud.

Alguna conexión cabe suponer racionalmente entre la costumbre de la embriaguez y un estado general de miseria. Cuando se lleva una vida mísera, se siente gran tentación de beber, en parte para disfrutar un corto placer momentáneo, y en parte para desechar las ideas tristes sobre el porvenir. Pero recordando lo que dominaba la embriaguez entre nuestras clases superiores durante el siglo último, no es posible decir que les servía de excusa la miseria, por lo menos la miseria física. También suele parecer una causa suficiente el tedio, y quizá el tedio explique el predominio de la embriaguez en Europa durante los antiguos días, cuando no se sabía en qué pasar el tiempo fuera de la guerra ó de la caza. Pero es el caso que existen varios pueblos cuya vida es bastante monótona y que no beben. Indudablemente concurren aquí varias influencias, y sus efectos parecen demasiado irregulares para prestarse á generalizaciones.

§ 180. Pero lo que á nosotros nos importa principalmente es la consideración de la templanza y la intemperancia bajo el punto de vista ético. No hay que decir que la conciencia moral condena la intemperancia en la comida y la bebida, considerando, no sus efectos exteriores, sino sus efectos interiores, perjudiciales por igual para el cuerpo y para el espíritu. Pero no sucede lo propio con la conciencia pro-moral. Tenemos varios casos de aprobación ó reprobación de la intemperancia, según las ideas religiosas y los hábitos sociales.

Ya hemos visto que ciertas creencias teológicas santifican la embriaguez; y ahora procede advertir que, la costumbre de excederse en la bebida, y la opinión corriente que se forma bajo su imperio, pueden conducir á la sanción social del abuso. El ejemplo de una de las razas no civilizadas nos revela que la costumbre de tomar cualquier sustancia embriagadora, cuando se generaliza, basta por sí sola para determinar su justificación y algo más que su justificación. Hablando de los kasia, dice Yule (1):

«Lo primero quizá que llama la atención en ese pueblo, es su afición desmedida á mascar betel, y la absoluta indiferencia con que miran las huellas que deja en sus dientes y en sus labios. Más bien se alaban de eso, diciendo que «los perros y los bengalis tienen los dientes blancos».

En los anales de las antiguas razas civilizadas, encontramos testimonios de una vanagloria parecida por los excesos. El *rishtí* indo, aparte la sanción religiosa que atribuía á la bebida del soma, se enorgullecía por la excitación que provocaba; y en un pueblo vecino, y bajo el influjo de las mismas ideas, el abuso del alcohol, lejos de mirarse como una cosa vergonzosa, se tenía por todo lo contrario, como atestigua el epítafio de Darío Hidaspes, proclamando que fué un gran conquistador y un gran bebedor, y como acredita también el elogio que hacía de sí mismo Ciro, cuando «en su carta á los espartanos decía que, por otras muchas cosas, era más á propósito que su hermano para ser rey, y principalmente porque podía resistir mucho vino». Pero las pruebas más palmarias de que la costumbre de la embriaguez puede engendrar un modo de sentir que la justifica, nos las da la Europa moderna.

(1) Yule: *Journal of Asiatic Society. Bengal*, XIII, 620.

Los usos referentes á la bebida, que reinaban en la Alemania de otras épocas y que aún se conservan entre los estudiantes, prueban que, al par con una afición desordenada á beber, y una resistencia casi increíble, se había desarrollado un sentimiento de desdén hacia los que no llegaban ni con mucho á la resistencia media, y un sentimiento de orgullo por la facilidad que ellos tenían de beber las mayores cantidades en el menor espacio de tiempo. Entre nosotros predominaban ideas y sentimientos semejantes en el siglo pasado. Para justificar los excesos, se repetía el dicho de que «el que no se divierte nunca, es un alma apocada». La costumbre de tomar sal para excitar la sed, el uso de vasos de vino que no se sostenían, y las frases sacramentales con que se recomendaba apurar hasta la última gota, eran signo evidente del desprecio de la moderación, natural en quien encomiaba al hombre capaz de despachar «sus tres botellas». Aún viven algunas personas que han asistido á orgías, en que el huésped, después de cerrar la puerta con llave y de colocar cierto número de botellas de vino en el aparador, anunciaba á los convidados que tendrían que vaciarlas antes de levantarse: si alguien se negaba á tomar su parte correspondiente, era objeto de general reprobación (1).

(1) El difunto Mr. John Ball, miembro de la Sociedad Real, educado en los alrededores de Belfast, intimó de joven, á pesar de ser nominalmente católico, con una rica familia protestante, cuyo jefe, un *gentleman* de edad, era objeto de la veneración de los suyos. Mr. Ball me contó que ese patriarca se había encariñado con él; y un día, al salir del comedor, le llevó aparte, y, dándole golpecitos en el hombro, le dijo: Querido amiguito, tengo que hablarle á V. á propósito del vino. No bebe V. bastante. Siga V. mi consejo: procure ir acostumbrando la cabeza ahora que es joven, si quiere V. beber después durante toda su vida como un *gentleman*.

Pero mientras en las pasadas generaciones la intemperancia contaba con el apoyo de cierto sentimiento pro-moral, en la generación presente domina un sentimiento distinto, no sólo pro-moral, sino moral, á favor de la templanza. El exceso en la bebida, merece censuras universales; el embriagarse, aunque no sea más que una vez, deja una mancha en la reputación de un hombre; más aún: muchas personas condenan hasta el uso moderado de la bebida. Así, en América se bebe agua en las comidas, y está mal mirado el tomar vino.